Del Conocimiento y del amor

DE NUESTRO SR. JESUCRISTO.

LIBRO PRIMERO

Motivos que deben llevar á los hombres á este conocimiento y á este amor.

CAPITULO PRIMERO.

Extrema ignorancia é insensibilidad de los hombres por las cosas de la salvación.

I. Pasage de San Gregorio sobre el mal uso de la razón. II. Ceguedad de Salomón y de Aristóteles en las cosas de la salvación.—III. Primera causa de la ceguedad de los hombres, el pecado original.—IV. Segunda causa, las pasiones y los pecados actuales.

I. Como introducción á nuestro asunto citaremos un bello pasaje sobre la razón del hombre, que se lee, al principio de un pequeño tratado que S. Gregorio de Nysa, doctor elocuente de la Iglesia griega, ha compuesto contra aquellos á quienes impacientan las advertencias que se les da. He aquí sus palabras: El espíritu y la razón del hombre son ciertamente sublimes: son la posesión más noble, el don más grande y el tesoro más rico que haya recibido de la mano liberal de su Creador. Por la razón, como por un sello divino, está marcado á imágen de Dios, distinguido de las bestias y elevado incomparablemente sobre ellas. La razón es la que le pone cetro en la mano, y corona en la ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

beza, y lo establece rey de los animales; éstos se reconocen sus súbditos, y les muestran su dependencia por la obediencia que le rinden. Todo lo que hay en el hombre, sea en su cuerpo, sea en sus sentidos, sea en su alma vegetativa, no lo eleva sobre ellos, puesto que ellos están provistos de ello lo mismo que él; sólo la razón pone entre ellos y él esa distancia inmensa que lo ennoblece y hace de él un sér de una naturaleza toda diferente.

Nosotros aunque más débiles de cuerpo, por la razón damos la ley á los más fuertes; domamos los bueyes, y los sugetamos á encorbarse bajo el yugo para labrar la tierra; gobernamos un caballo con la rienda, lo enseñamos á ser manejable, dócil y á tomar todos los pasos; acostumbramos á los elefantes, camellos y burros á llevar nuestras cargas. Con el socorro de la razón atravesamos la inmensidad de los mares; y no teniendo para conducirnos más que nuestro espíritu, nos metemos en una frágil embarcación y atravesamos el oceano; el aspecto de los astros nos muestra la direccion de los vientos y nos indica el camino que es menester seguir: así es como la razón, á semejanza de un piloto hábil, nos guía sobre las aguas, y dirige nuestro viage, como la estrella guiaba á los Magos sobre la tierra.

Con la razón, medimos la longitud y latitud, altura y profundidad de los cielos; conocemos sus diversos movimientos y circuitos; sabemos de una multitud de estrellas, su grandeza y distancia; preveemos los eclipses de sol, los de la luna y sus diferentes fases, los temblores de tierra, las sequías y lluvias; descubrimos las virtudes y propiedades de los simples. ¡Qué sería si habláramos

de la teología, de la filosofía, de las matemáticas, de la jurisprudencia, de la medicina, de la elocuencia, de la historia, de la poesía, del conocimiento de lenguas, de todas las ciencias, de todas las artes, tanto liberales como mecánicas, todo lo cual son del dominio del espíritu del hombre! Y sin embargo, este sér tan sabio, tan elevado sobre los animales, este sér tan noble, tan activo y tan penetrante, que tiene tantos conocimientos y ciencias, carece de una cosa: ni gota ve en el conocimiento de la verdadera vida y en la ciencia de su salvación.

Así habla S. Gregorio; (1) y esto que él dice, ¡ay! es demasiado verdarero.

II. En efecto, sin ir muy lejos encontramos una prueba evidente de ello en dos de los hombres más sabios que han vivido, Salomón y Aristóteles. Habiéndose Dios complacido en derramar en el espíritu de Salomón toda suerte de conocimientos, fué entre todos los hombres el que tuvo más ciencia infusa. Te he dado, le dijo Dios, un corazón sabio é inteligente: de suerte que jamás ha habido hombre antes que tú que te haya igualado, ni se levantará después de tí. (1) Su reputación como un atractivo poderoso, atraía á las reinas de los países más retirados del Mediodia, para venir á oir su palabra y admirar su sabiduría. Discurría acerca de todo con una exactitud asombrosa, así fué llamado el sabio por excelencia. Y sin embargo, este sabio Salomón, tan versado y consumado en

1 S. Greg. Nys. Tract, cit ad initium.

1 Cor sapiens et intelligens in tamtúm ut nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit, III, Reg. III, 12.

el conocimiento de tantas cosas, fué de tal modo ignorante y ciego en el negocio de su salvación, que adoró los ídolos, dobló la rodilla ante la madera y la piedra, y les rindió honores debidos á solo Dios, y esto en una vejez avanzada, á la edad en que el juicio y prudencia del hombre deben estar en toda su fuerza. En cuanto á Aristóteles, se puede decir que este filósofo fué uno de aquellos que tuvo más ciencia adquirida; quien por la vivacidad de su espíritu y la fuerza de su juicio, ha penetrado más que ninguno en los secretos de la naturaleza, y él es quien ha como establecido los fundamentos de la filosofía. De él es de quien ha dicho un famoso filósofo: Aristóteles ha sido el manantial de la ciencia por la cual han sido formados los demás filósofos; su espíritu ha tocado los últimos límites del espíritu humano; Dios lo ha elevado al grado mas alto de la perfección intelectual á que pueda llegar un hombre. (2) Y bien! Aristóteles ha estado tan profundamente cegado que según refiere Teodoreto, (3) que á su mujer, que había sido la criada de un tirano, á la que había visto morir y que le había dado durante su vida graves motivos de queja; le ofreció sacrificio y con las ceremonias más religiosas de la gentilidad, puesto que practicó todos los ritos que observaban los atenienses en los misterios de Ceres. ¡Qué exceso de ceguedad! Y qué cosa más propia

2 Aristóteles fuit princeps per quem perficiuntur omnes sapientes; Aristótelis intellectus fuit finis humani intellectus; Deus appropriavit ei ultimam dignitatem, quam nullus homo potest in ullâ ætate attingere. Averroés apud Pererium, lb. V, de Principiis, cap. 1.

3 De curatione grocorum affectionum lib. VIII.

para demostrar y hacer tocar con el dedo la verdad de las palabras de S. Gregorio: El espíritu humano tan perspicaz en el conocimiento de tantas cosas, está, sin embargo, en la última ignorancia en cuanto á lo que pertenece á la más importante de todas, quiero decir la de la salvación.

III. La primera causa de una desgracia tan grande viene del pecado original, que, entre los innumerables males que ha causado al hombre, ha puesto el colmo de su desgracia hiriéndolo mortalmente en sus dos facultades más nobles, el entendimiento y la voluntad: el entendimiento llenándolo de ignorancia y de tinieblas, que le impiden conocer sus verdaderos intereses y lo que puede conducirlo á la verdadera y única felicidad; la voluntad, hiriéndola de insensibilidad y de debilidad e impidiéndole abrazar los medios de llegar á ella. Nuestro primer padre, quebrantando el mandamiento de Dios y comiendo del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal, creyó llegar á ser más sabio: por esto es que Dios lo vistió inmediatamente después con pieles de bestias, para enseñarle que, por su pecado, se había hecho semejante á los animales desprovistos de razón, y que dejaría á sus hijos esta herencia desgraciada. En el estado de inocencia hubieran venido al mundo dotados de una ciencia perfecta, ó á lo menos hubieran sido capaces de adquirirla en muy poco tiempo, á causa de la excelencia de su espíritu y de la perfección de los órganos de sus cuerpos; y no como ahora vienen cual animales, sin uso de razón, pasando días infortunados en las tinieblas, con muy poco y á veces ningún conocimiento de

su verdadero bien. (1) Por esto es también, que lo primero que hacen los niños en el vientre de su madre es dormir, según el testimonio de los filósofos y de los médicos. Dos santos doctores, elevándose más alto en la consideracion de este secreto, aseguran que la causa moral de ese sueño no es otra cosa más que el pecado. Según ellos de tal manera ha dispuesto Dios la entrada de lo hijos de Adan en el mundo, que su primera acción es el sueño, durante e cual los ojos del cuerpo están cerrados, los sentidos adormecidos y sin acción alguna sobre las cosas exteriores, para mostrar que el alma estará después en el mismo estado en cuanto á las cosas interiores. (2) Platón, aunque no conoció la verdadera causa de estas miserias, pero que vio solamente los efectos, considerando la grande ignorancia y el adormecimiento profundo en que estaba sumergida, decía que el alma del hombre dormía en su cuerpo. S. Juan Crisóstomo desarrolla aún mucho mejor esta verdad, al escribir sobre estas palabras de S. Pablo: Tiempo es ya de salir de nuestro sueño. (3) "Por lo que mira al negocio de nuestra salvacion, somos semejantes, nos dice él, á hombres hundidos en la cama, en medio de una noche oscura, y que sin inquietud alguna, se entregan al sueño más profundo. Si yo pudiera mostraros vuestras almas, os las haría ver teniendo apagada la lámpara de la gracia del Espíritu Santo, agravadas por el humo de las cosas de la tierra, y como anegadas y sepultadas en un sueño letárgico." (1) Por esto es que podemos con mucha razón, comparar el pecado á la golondrina que cegó á Tobías dejando caer su estiércol sobre los ojos de este buen anciano; desgracia que él deploraba tan tristemente por estas palabras: Ay! ¿á qué sentimiento de alegría pudiera yo entregarme ahora, estando sumergido en las tinieblas, privado de la luz del día y del arrebatador espectáculo que ofrece la belleza de los astros? (2) Porque el pecado con sus tristes consecuencias ha sumergido en la ceguedad al género humano, que podría, con título muchomás justo que Tobías, quejarse de que está en las tinieblas, de que no ve la luz del cielo y no puede conocer como sería tan necesario á su felicidad, las cosas eternas y divinas.

1 Sallia ann. 1 mundi die 3. ª núm. 95.
2 Aristo de. gen. Animal cap. V.
3 Hora est jam nos de somno surgere. Rom., XIII, 11.

IV. Pero, además del pecado original, hay otra causa que San Gregorio ha notado particularmente en su discurso, y que contribuye mucho á esa ceguedad: son los pecados actuales y las pasiones los que, por la turbación y confusión que arrojan en el alma, hacen que los hombres, ya muy cegados por el pecado de nuestro primer padre se cieguen más aún, vean todavía menos las cosas de su salvación, no tengan ni gusto ni afecto por ella, y como si les fuesen extrañas, se dejen llevar por sus apetitos desarreglados y sus vanos deseos, empleando sus pensamientos y sus afectos á objetos absolutamente contrarios.

Si alguno subiera á una torre alta en una ciudad grande, como por ejemplo, París, y que Dios

1 Homil. 24. in Ep ad Roman.
2 Quale gaudium mihi ærit, qui in tenebris sedeo, et lumen cœli non video. Tob., V. 12.

le hiciera los ojos del cuerpo y del espíritu tan vivos y tan penetrantes, que pudiera desde allí descubrir todo lo que pasa, lo que todos los hombres, en cualquier lugar que estén, piensan, lo que buscan con afán, lo que hacen, es indudable que vería una multitud inmensa de pensamientos y de afectos diversos; pero tendiendo todos á las cosas perecederas de esta vida. Vería á uno únicamente ocupado en elevarse, al otro en enriquecerse, éste no pensando más que en los juegos y en los placeres, á aquél todo afanado en levantar edificios, á ese otro no teniendo en la cabeza más que sus pleitos, otro su comercio, otro el cuidado de sus negocios domésticos. Vería el corazón de éste trasportado de amor, á aquél de odio, éste otro de envidia; en fin, un número infinito de pensamientos, de afectos, de diferentes deseos; pero todos tendiendo á las cosas de la tierra, á nadas, casi á ninguno que piense en el gran negocio de la salvación y que diga de corazón: Quiero salvarme cuésteme lo que me cueste. Tan verídicas son las palabras de David: Dios ha mirado desde lo alto del cielo á los hijos de los hombres, para ver si en una tan grande multitud se encuentran algunos bastante juiciosos y bastante prudentes para buscar al Señor y no detenerse, como niños, en miserias y futilidades; pero todos se han apartado del recto sendero: se han extraviado en caminos perdidos, entreteniéndose en cosas vanas é inútiles; no hay más quien haga el bien, ni uno sólo (1).

1 Ut videat si est intelligens aut requirens Deum; omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. Ps, XIII y LII.

¡Qué prodigiosa ceguedad! ¡Qué deplorable estupidez!

Reflexionando los santos Padres sobre los misterios ocultos en la curación de los ciegos, obrada por Jesucristo durante el curso de su vida veían en todos esos ciegos otras tantas imágenes de la ceguera espiritual de los hombres San Gregorio el grande, habla así del ciego de quien San Lucas hace mención en el capítulo XVIII: "Ignoramos quién haya sido este hombre ciego, y sin embargo, conocemos el misterio oculto en esta curación. Este ciego es el género humano, que, privado de los goces del Paraíso por el pecado del primer padre, no viendo más la claridad de la luz divina, está envuelto en las tinieblas de su condenación, pero que es iluminado en seguida por la presencia de su Redentor." (1) Y así como el padre de Tobías recobró la vista por medio de la hiel del pescado de la cual su hijo le hizo un colirio, por orden del arcángel Rafael, así nuestro divino Salvador, como un médico caritativo, ha curado la ceguera del hombre, por el remedio saludable compuesto de la hiel del pez misterioso, es decir, de los trabajos de su vida y de los dolores de su muerte; remedio que, aplicado sobre los ojos del alma de este pobre ciego, hará desaparecer de él las manchas que le ocultaban la luz, le hará co-

1 Ecce quis juxta historiam cæcus iste fuerit, ignoramus; sed tamen quid per mysterium significet, norimus. Cæcus quippe est genus humanum, quod á parente primo á Paradisi gaudiis expulsum, claritatem superno lucis ignorans, damnationes suo tenebras patitur, sed tamen per Redemptoris sui prosentiam illuminatur. Hom. II in. Evang.

nocer los misterios del cielo, y lo inclinará á trabajar con ardor en los negocios de su conciencia.

Por consecuencia, mi querido lector, á este Dios lleno de ternura y de misericordia, es al que es menester ir, y como el ciego del Evangelio clamarle con un afecto ardiente: Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí (1). Brillante sol de justicia, que iluminais á todo hombre que viene á este mundo, tened compasión de mi ceguera, esclareced mis tinieblas, *abrid mis ojos á fin de que yo pueda ver* y gustar vuestras verdades, las cosas del cielo y el muy importante negocio de mi salvación.

1 Jesu fili David, miserere meî.....Domine ut videam. Luc. XVIII, 38 y 41.

SECCION PRIMERA.

El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación.

I. Se carece de buen juicio y de buen espíritu.—II. En qué consiste el buen juicio.—III. El buen espíritu según el mundo.—El buen espíritu según la verdad.

I. Aún cuando, como acabamos de decir, los hombres piensen tan poco en su salvación, es menester, sin embargo, que sepan y que tengan como una verdad cierta é indudable, que el buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en ella, y darse enteramente á ella. Porque cualquiera que sea la ciencia y capacidad que pueda tener un hombre, que sea gran téologo, filosofo sutil, elocuente orador, que sea muy hábil en el manejo de negocios y en el gobierno de los Estados, si no toma con resolución el cuidado de su salvación, carece de espíritu y de juicio. Todo lo que se podrá decir de él, es que lo tiene para esas cosas en las cuales sobresale; pero no podrá ser llamado, de una manera absoluta, hombre de juicio y de espíritu, porque carece de él en lo más importante de todo, en lo que la luz de la razón debe aparecer con más brillo. No se tendría ciertamente como un hombre juicioso y entendido á aquel que no pudiera aplicarse más que á las cosas pequeñas, y se perdiera en las grandes; con mucha ma-

yor razón no debe mirarse como sabio y juicioso á aquel que no sabe salvarse, cualquiera que sea la destreza que tenga para lo demás. Se juzga de la profundidad del espíritu por la importancia de los objetos de que se ocupa uno y los que tienen buen resultado. *Se conoce al niño por sus ejercicios*, dice el sabio: (1) así, pues, como el negocio de la salvación es, sin contradicción, el más grande y el más importante, es claro que, el buen espíritu y el buen juicio consisten en conducirlo bien y en llegar á conseguirla; y la prueba más completa de que se está desprovisto de este buen espíritu y de ese buen juicio, es cuando se la descuida.

II. Mas para mostrar esta verdad en toda su claridad, examinemos en qué consisten el buen juicio y el buen espíritu. No es muy difícil comprender que el buen juicio, como su nombre lo indica, consiste en juzgar bien de las cosas, estimándolas tanto cuanto valen, según su peso y su importancia; y como la perfección del ojo corporal consiste en juzgar bien de los colores, en ver blanca una cosa blanca, y en el grado de blancura que tiene, y así de lo demás; de la misma manera la excelencia del ojo del alma, que es el juicio, consiste en distinguir el precio de las cosas y en estimarlas según su mérito, y, por consiguiente, en hacer incomparablemente más caso del alma que del cuerpo, de las cosas eternas que de las cosas corporales, del negocio de la salvación más que de todos los demás; y el que no lo hace, muestra que está desprovisto de juicio, puesto que juzga tan

1. Ex studiis suis intelligitur puer. Prov. XX, 11.

mal de objetos de un valor tan desproporcionado, y que excluyen toda comparación.

III. ¿En qué consiste el buen espíritu? El mundo lo coloca en engrandecerse, y dice de un hombre hábil en hacer sus negocios, que siendo pobre se ha hecho rico, y ha establecido bien la fortuna de sus hijos, que este es un hombre de espíritu; *pero los hijos de los hombres se engañan en la balanza de sus designios y de sus palabras* (1). Llamais buen espíritu aquél que, después de haber adquirido algunos honores pasajeros, y dejado riquezas á su posteridad, la cual tal vez no se acordará más de él después de su muerte y desperdiciará bienes reunidos con tanto trabajo, se verá de repente despojado de sus posesiones y de todas sus grandezas, desgraciadamente condenado y precipitado á las llamas eternas, para deplorar allá siempre el poco espíritu que ha tenido de pensar tan débilmente en su salvación? ¡Ah! cómo hubiera estado dotado de un espíritu mucho mejor, sí, luchando contra ese deseo y esos cuidados excesivos de adquirir bienes y honores perecederos, que ya no tiene, y ya no tendrá jamás, hubiera trabajado en ganar los tesoros infinitos y la gloria soberana, que le esperaban en el cielo y que nada en el mundo le podía arrebatar! Es menester decir que este insensato tuvo espíritu para los otros y que no lo tuvo para sí; que no hizo sus negocios sino los de otros, y que arruinó los suyos. "Y sin embargo, el primero y más verdadero efec-

1 Mendaces filii hominum instateriis. Psal, LXI, 9.

to de la sabiduria, dice Platón, (1) es ser sabio para sí mismo."

Salomón había dicho antes de él: *Si tú eres sabio, lo serás para tí mismo.* (2) Si un hombre versado en toda suerte de ciencias y en el conocimiento de todas las lenguas, pasando sobre un puente, se precipitara al rio, los asistentes admirados y mirándose unos á otros exclamarían: Oh! hombre insensato y despojado de espíritu y de juicio! ¿Para qué tanto griego, tanto latín, tanta ciencia? La ciencia más necesaria al pasar sobre un puente, es la de cuidarse para no caer. Y ciertamente, no es una gran ciencia saberse perder. Salomón que ha sido mirado como el más sabio de todos los hombres, debe ser mirado como el más insensato de todos, si tiene la desgracia de estar en el infierno, y cuando él dice en los proverbios: *Soy el más insensato de todos los hombres*, (3) merece que se le responda: dices verdad. El demonio que tiene sin duda más conocimientos que todos los hombres sabios que hay en la tierra, no tiene un solo grano de verdadera sabiduría, puesto que se ha perdido para siempre, y se ha alejado infinitamente de la sabiduría por esencia, que es Dios. Por esto es que la santa Escritura llama á los pecadores locos é insensatos, por más ciencia y espíritu que tengan por otra parte.

IV. El espíritu bueno es salvarse. Esto es lo que el Doctor angélico Sto. Tomás nos hace comprender de una manera muy clara, diciendo que

1 In Hippia major.
2 Si sapiens fueris, tibimetipsi eris. Prov. IX, 12.
3 Prov. XXX,2 Suoitultissis sum vrm.r. um

las palabras espíritu y entendimiento significan un conocimiento profundo é íntimo, y que la palabra comprender quiere decir, leer en el interior; (1) lo que se comprenderá, si se atiende á la diferencia que se encuentra entre los conocimientos del espíritu y aquello que nos viene por los sentidos. Los conocimientos de los sentidos se limitan á los objetos sensibles y que aparecen en el exterior; y los conocimientos del espíritu penetran hasta el fondo, y á la esencia de las cosas como á su objeto propio. Pues bien, entre las cosas interiores en las cuales puede penetrar nuestro espíritu, es indudable que las de la salvación tienen el primer rango, como que son las más espirituales, las más divinas y las más separadas de los sentidos. Debemos pues, concluir de esto que apegarse á los honores, á las riquezas y á todo aquello que no tiene más que un brillo exterior, no pensar más que en lo que lisonjea los sentidos, esto es mostrar un espíritu material y grosero, despojado de entendimiento, y que la señal infalible de un buen espíritu, es el aplicarse á conocer las cosas que nos llevan á Dios, y que nos conducen á la bienaventuranza.

Mas no basta conocerlas, es preciso amarlas y ponerlas en práctica. *Aquellos que observan los mandamientos de Dios, decía David, están llenos de un buen espíritu.* (2) Lo que Genebrardo explica en estos términos: Están dotados de un espíritu justo y de un juicio sólido, aquellos que temen á

1 Quandam íntimam cognitionem importat; dicitur enim intelligere, quasi intus legere. (11. 2, 9. 8, a. 1.)
2 Intellectus bonus omnibus facientibus eum. Psal., CX, 10.

Dios y observan sus santas leyes (1). Sí, añade San Gregorio de Nazianzo, sobre estas mismas palabras: (2) tienen el espíritu justo aquellos que observan los mandamientos de Dios, y no aquellos que se contentan con conocerlos y anunciarlos. Las Santas Escrituras no cesan de repetir que un hombre no merece el nombre de sabio sino cuando teme á Dios, porque en esto es en lo que consiste la verdadera sabiduría. *Temer al Señor, hé aquí la sabiduría*, decía Job; *huir de lo malo, hé aquí la inteligencia* (3). *La plenitud de la sabiduría es el temor del Señor* (4) *dice el Eclesiástico; el temor del Señor es el principio de la sabiduría*, (5) dice el Psalmista; lo que Genebrardo explica así: «La introducción, el principio, la perfección de la sabiduría, es el temor del Señor." (6) Por consiguiente es fácil ver que el origen, el principio, la perfección soberana de la sabiduría, la consumación de la prudencia, es temer á Dios, alejarse del mal, lograr su salvación, y que en esto está la sola señal que puede hacer reconocer á los verdaderos sabios y á los buenos espíritus.

Por esto el profeta-rey decía: "*He sobresalido en inteligencia á todos mis maestros, porque medito vuestros oráculos. Aventajé en prudencia á*

1 Intellectus sanus et integer, sanum judicium et sincerum inest his qui se exercent in timore Domini, et mandatis ejus exequendis. Geneb, lib.

2 Orat. 15.

3 Ecce timor Domini, ipsa est sapientia, et recedere áma lo, intelligencia. Job XXVIII, 28.

4 Plenitudo sapientia, est timere Deum. Eccli., I, 20.

5 Initium sapientia timor Domini, Psal., CX, 9.

6 Introductio ad sapientiam, caput et summa perfectio sapientia, timor Domini. Geneb.

los más ancianos, porque practico vuestros mandamientos para cumplirlos (1). El cardenal Cayetano dice sabiamente á propósito de esto, hablando de los dones del Espíritu Santo, de la sabiduría, de la inteligencia, y de la ciencia de la salvación: En verdad una pobre mujer que únicamente sabe amar á Dios y observa bien sus mandamientos, tiene mucha más inteligencia y sabiduría, no digo solamente que los impíos y los herejes, quienes, por su falsa doctrina y su vida desarreglada, están en completa oposición con sus mandamientos, sino que los doctores en teología y los hombres más sabios, encaneci los en el estudio y mirados por todos como los más sabios. Y en efecto, importa muy poco ignorar todo lo demás, con tal que se conozca esta sola cosa; puesto que esta sola cosa puede hacer á un hombre bienaventurado, mientras que todas las demás no lo harán, ni le impedirán el ser miserable. San Agustín, al pensar en el tiempo en que era maniqueo, exclama: "Oh Señor, mi Dios, ¿de qué me servía este espíritu sutil y tan penetrante para todas las ciencias? ¿De qué me servía descubrir, sin ayuda de profesor, las dificultades más arduas de tantos libros oscuros, mientras que, por un desarreglo vergonzoso y sacrílego, me engañaba yo tan pesadamente en la doctrina de la salvación y de la piedad? Y ¿qué tan gran daño podían acarrear á vuestros hijos, á las simples mujeres y á los arte-

1 Super omnes docentes me intellexi (factus sum intelligentior et prudentior), quia testimonia tua meditation mea est. Super senes intellexi, quia mandata tua quæsivi. Psal. CXVIII, v. 33 y 100.

sanos, su espíritu tosco y la ignorancia que tenían de las letras, mientras que os conocían, á vos que sois la verdad soberana, y que, como pajaritos é inocentes palomas, estaban educados y calentados en el nido de vuestra Iglesia, y si las alas de su caridad se fortificaban por el alimento y el jugo de la verdadera fe, á fin de poder volar más frecuentemente hácia vos" (1).

Apliquémonos por tanto enteramente á esta grande é importante ciencia, á la ciencia de la salvación; acordémonos siempre que el buen juicio y el buen espíritu consisten en comprenderla bien y en practicarla bien; y aquellos que se aplican á ella con más cuidado y hacen más progresos en ella, deb en ser mirados como los más sabios y los más prudentes de todos.

1 Quid Domine Deus! mihi proderat ingenium per omnes doctrinas liberales agile, et tot nodosissimi libri sine ullo humani magisterii adminiculo enodati; cum deformiter et sacrilega turpitudine in doctrina pietatis errarem? aut quid tantùm aberat parvulis tuis longe tardius ingenium, cum á te longè non recederent, ut in nido Ecclesia tuti plumescerent, et alas charitatis alimento sane fidei nutrirent. Confess, lib. IV, caput ult.

SECCION SEGUNDA.

No estamos en el mundo sino para pensar en nuestra salvación.

I. La salvación es el fin de todos los hombres.—II. Este es el sólo negocio grande é importante.—III. Debemos estimar la salvación sobre todo lo demás.—IV. Debemos referir á ella todos nuestros cuidados y todos nuestros afectos.

I. Para aplicarnos con fruto en el cuidado de nuestra salvación, nos importa en gran manera el pensar seriamente que solamente para esto estamos en el mundo, y que por consiguiente nos debemos dar á ella más que á toda otra cosa.

Cuando dirigimos una mirada sobre la sociedad de los hombres, descubrimos en ella una variedad admirable de estados, de profesiones, y una multitud de ocupaciones diversas. Unos siguen la carrera de las armas, otros se aplican al estudio de las letras, otros se dan al comercio; uno es pintor, el otro es escultor, el otro arquitecto. Vemos labradores, viñadores, jardineros, y en fin, toda clase de oficios diferentes. Pero la vocación y el oficio general de todos los hombres es hacer su salvación. Los Papas no han venido al mundo para ser Papas, ni los reyes para ser reyes, ni los sabios para ser sabios, ni los ricos para ser ricos; sino que todos han venido á él para salvarse. Para esto son criados, este debe